

LA IZQUIERDA EN OCCIDENTE

EL 18 de octubre, el general Costa Gomes hablaba a la Asamblea General de las Naciones Unidas: era la primera vez que un Jefe de Estado portugués se dirigía al mundo a través de la ONU. «Invito a los altos responsables de esta Asamblea —dijo— para que verifiquen en Portugal que el ambiente general de trabajo tranquilo y de orden social no justifican generalizaciones alarmistas a partir de pequeñas perturbaciones sociales que el gobierno provisional siempre resolvió y dominó». La pequeña frase tenía una dirección exacta: salir al paso de la amplia campaña que describe a Portugal como presa próxima (o ya realizada) del comunismo. Todo el discurso —un excelente discurso— abundaba en estas afirmaciones: «En el plano interno, mantendremos un proceso democratizante en el que, con un mínimo de sufrimiento, vamos a desintoxicar a los espíritus de medio siglo de propaganda de extrema derecha; construiremos un ambiente de tolerancia política multipartidista, iniciaremos la politización de nuestro pueblo y le daremos las condiciones de elegir libremente el régimen pluralista en que desea vivir...». La clave de esta insistencia de Costa Gomes en el sentido de que su «predemocracia» —según su calificación del momento político— busca el multipartidismo, la pluralidad, la tolerancia, hay que buscarla en unas declaraciones del general Otelo Saraiva de Carvalho, comandante militar de Lisboa, comandante adjunto del COPCON (comando operacional del continente: una policía militar, o una fuerza militar de equilibrio político, de creación muy reciente). Hablando para «O Seculo Ilustrado», dijo que el peligro más inmediato de la democracia portuguesa sería una intervención de Estados Unidos. Desde que el secretario general del PC portugués, Alvaro Cunhal, entró en el gobierno, «la CIA se está interesando en lo que pasa en Lisboa». «Sabemos que la CIA es un problema serio. Los americanos tienen un terror morboso del comunismo y, como ustedes saben, disponen de una serie de organismos para luchar contra él. La CIA, que utiliza los ejemplos más increíbles —y no tienen ustedes más que mirar el ejemplo de Chile— es, probablemente, la más peligrosa, pero no es la única: la OTAN es otro ejemplo de organización creada para combatir el comunismo».

EL espectro de Chile ronda a las izquierdas occidentales. Están, probablemente, más cerca que nunca de aproximarse al poder por vías electorales en países como Francia o Italia. Pero, ¿les sería entregado ese poder si lo ganasen voto a voto, podrían ejercerlo legalmente? Durante las últimas elecciones presidenciales francesas, cuando Mitterrand se oponía a Giscard con tal fuerza que la victoria de este último se determinó únicamente por unos decimales en el porcentaje total, algunos izquierdistas franceses tenían ya previsto su lugar de exilio: pensaban que una victoria de Mitterrand podría estar seguida de un golpe de estado de la derecha y de una represión, quizá no tan violenta como la de Chile —Francia siempre sabe guardar las formas—, pero si lo suficientemente dura como para que algunos millares de personas tuvieran que atravesar las fronteras con alguna urgencia. Y no sólo los comunistas, los dirigentes del partido. El anticomunismo no se ha limitado nunca a perseguir a los comunistas, sino que ha inventado los términos «comunista», «comunizante», «criptocomunista», «filocomunista» o «compañero de viaje» para ampliar el círculo de la represión. Este ha sido el drama de las izquierdas europeas (no comunistas) durante todo el largo curso de la guerra fría: para subsistir tuvieron que dar tales clases de seguridades de que no compartían, de cerca ni de lejos, los idearios comunistas, que se inclinaron a la derecha. Perdieron su clientela y dibujaron un panorama político incierto. Fue la gran crisis de los socialismos. En cambio, el comunismo combatido resultó paradójicamente beneficiario de la operación. Cuando las clases desprivilegiadas descubrieron que las otras izquierdas se habían quedado sin médula, con unos vagos programas socialdemócratas —como en Austria y Alemania, como en Suecia, con el partido socialista francés cuyos años de gobierno fueron los de mayor intensidad de colonialismo y represión en Argelia, como en Italia, donde la coalición con la democracia cristiana ha dejado endeble y sin contenido al partido socialista— se aproximó al comunismo. Cuando ahora Washington y la derecha universal redescubren el comunismo y le ven aparecer con fuerza en varios lugares del mundo, no son capaces de advertir que en gran parte, ésta que ellos llaman resurrección se debe a ellos mismos: a los errores profundos de la campaña anticomunista, que anuló todas las otras opciones de la izquierda. Y que por consecuencia devaluó la democracia. Hubo un gran gobernante

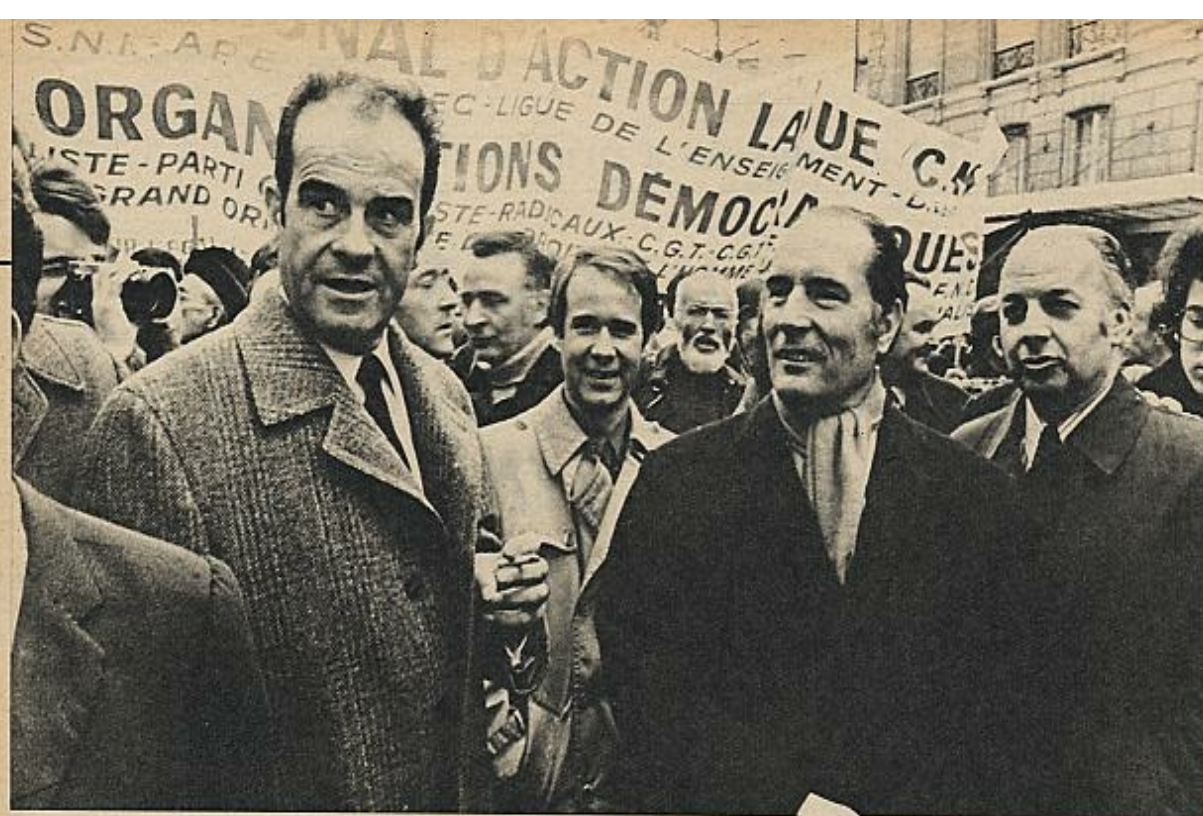
que encontró la clave del error, y fue Kennedy: evidentemente, le mataron. El terror morboso le asesinó. Los testimonios y relatos de la época están llenos de alusiones a cómo Kennedy era considerado por los «ultras» de los Estados Unidos como un rojo peligroso.

LA reaparición del comunismo en Portugal y en Grecia se explica, como lo ha hecho Kissinger, con la persistencia de dictaduras de la extrema derecha que han polarizado o radicalizado la oposición en torno al partido tradicionalmente más preparado para resistir la clandestinidad, como es el comunista por su larga experiencia, y porque aparecía como el extremo opuesto a los regímenes detestables. Pero en Italia o en Francia es ya otra cuestión. El comunismo aparecía condenado por la ola de prosperidad de estos últimos años; por el repliegue sobre sí misma de la URSS como foco y cabeza de la revolución; por la disputa ideológica entre soviéticos y chinos, que privó al comunismo de su condición de infalible o científico a los ojos de los monolíticos; por acciones desdichadas del tipo de la de Checoslovaquia... Las escisiones se multiplicaron, algunos intelectuales de renombre abandonaron el partido, aparecieron los grupúsculos... Y, sin embargo, aquí está otra vez el comunismo, con sus millones de votos, con sus programas políticos, con sus posibilidades de integrarse en el gobierno de algunos países...; la reflexión que suelen hacerse, y se hacen de hecho los profesionales del anticomunismo (de la acción o de la propaganda) es la de que el comunismo es «el mismo de siempre». En consecuencia, ellos se comportan como se han comportado siempre. Están cayendo, ya, en el mismo error.

LA realidad es que el comunismo ha sufrido una adaptación considerable a las nuevas circunstancias. Quizá por encima de su voluntad. El comunismo que estos días celebra su congreso en Francia, el que acaba de celebrarlo en Lisboa no es el «mismo de siempre»; no es la versión «de siempre» la que están dando en Varsovia los partidos comunistas occidentales reunidos con los de los países del Este de Europa. Cuando Alvaro Cunhal emite la idea de que el partido comunista portugués no pretende instaurar la dictadura del proletariado porque el país no resistiría una forma de dictadura cuando acaba de salir de otra puede ser tachado por los anticomunistas «de siempre» de hipócrita o de cíncico; pero está expresando una realidad objetiva de su país y su momento. En la «Plataforma de emergencia» que acaba de proclamar su congreso extraordinario, acepta y ensalza la pluralidad de partidos y sindicatos, los derechos y las libertades



«El partido comunista italiano —dice su secretario general, Berlinguer— debe conseguir como objetivo primordial una Europa pacífica, que no sea anti-americana ni antisoviética».



El partido socialista francés, antes desprestigiado, se está convirtiendo en un gran partido mayoritario y unido en cuanto se ha abierto a los comunistas. En la foto, Mitterrand y Marchais durante una manifestación.

de los ciudadanos, la participación popular en la solución de los grandes problemas nacionales, en el carácter democrático que han de tener todas las fases del proceso electoral; lejos de solicitar la nacionalización o la colectivización, pide apoyo y ayuda para «las empresas pequeñas o grandes que den una contribución positiva al desenvolvimiento económico, invirtiendo capitales, aumentando la producción y creando puestos de trabajo», y el «apoyo a medias y pequeñas empresas a través de créditos, levedad fiscal, encargos del Estado, apertura de mercados, reorganización de su gestión con ayuda del Estado y eventual participación de los trabajadores».

NO es muy distinta esta definición de la que está saliendo del XXI Congreso del partido comunista francés, teniendo muy en cuenta las diferencias esenciales de situación.

EL partido comunista francés está en competición con su gran aliado socialista para la creación de una imagen democrática. Aquí hay una lección que será difícil o nulamente aprovechable para los anticomunistas profesionales: el partido socialista francés, hundido, dividido y desprestigiado cuando era definida y decididamente anticomunista, se está convirtiendo en un gran partido mayoritario y unido en cuanto se ha abierto a los comunistas y precisamente porque dentro de esta alianza ofrece una opción de izquierda que no ofrecía antes. Nada más nefasto para sí mismo y para su propia política de derecha que la frase del ministro del Interior y «eminencia gris» de Giscard: «El partido comunista es totalitario y fascizante». Mitterrand gana puntos por su capacidad de colaborar con el comunismo. Hasta el punto de que la clásica advertencia de la época de los frentes populares de que aliarse con el partido comunista significaba caer en sus manos, en su dirección y en su control, está apareciendo como algo inverso: es el partido comunista francés el que, en la coalición, comienza a aparecer como dominado y controlado por el partido socialista, por Mitterrand. En las seis elecciones legislativas celebradas en Francia el mes de septiembre, se ha podido advertir un neto progreso socialista y una disminución comunista del 19 por 100 de los votos. Si el partido comunista francés practica ahora la política de «mano tendida» en favor de los católicos, incluso de los degolistas de izquierda situados fuera de la actual mayoría gubernamental, es porque sabe perfectamente que sólo una política de amplitud y tolerancia le puede dar la imagen que busca. No es una táctica buscada: es que no tiene otra posible. La amenaza de que en un momento dado el partido socialista se inclinase hacia el poder a costa de romper la alianza la tiene siempre presente. Los socialistas, con las «asises» o gran asamblea que acaban de celebrar, se están convirtiendo en algo más que un partido político, en un movimiento. Es decir, en una gran agrupación donde fuerzas parecidas pero con matices de diferenciación encuentran un denominador común para «cambiar la vida»; un movimiento o, como ellos prefieren decir «un partido multiforme». Las posibilidades del partido comunista en este sentido son más limitadas. Ciertamente, han conseguido cambiar —en Francia— la imagen del revolucionario chorreando sangre de las viejas caricaturas. Marchais, el secretario general, declara que el partido está abierto «a nuevas ideas».

EN Italia, la amplitud de tolerancia del partido comunista es mayor aún. El esfuerzo de contención anticomunista es también mayor que en Francia, y el partido sigue en su «ghetto»: la influencia de los Estados Unidos es muy poderosa. Pero los italianos de Berlinguer, Ingtao y Amendola, no vacilarían en firmar lo que llaman «alianza histórica» con la democracia cristiana: incluso se comprometen a respetar las bases de los Estados Unidos, la pertenencia a la OTAN. El «ghetto» actual es menos estrecho de lo que se imagina: hay conversaciones entre gobierno y partido, de carácter extraoficial, pero que son extremadamente importantes. Antes de adoptar ciertas leyes, el gobierno consulta al partido comunista y negocia con él su posible aceptación. También aquí se ha favorecido de su situación de aislado y perseguido: desde el momento en que todo va mal en el país, todos los partidos pueden ser acusados de mal gobierno, excepto él, que se ha convertido en el partido de los disconformes. «El partido comunista italiano —dice su secretario general, Enrico Berlinguer— debe conseguir como objetivo primordial una Europa pacífica, que no sea antiamericana ni antisoviética, relacionada amistosamente a las dos superpotencias, pero completamente autónoma». Naturalmente, el partido en este caso puede ser también tachado de hipócrita, de coyuntural o de oportunista: en realidad, está eligiendo la única política posible.

LA mayoría de los partidos comunistas occidentales han planteado en Varsovia (reunión de 28 partidos comunistas de Europa) una problemática propia, muy distinta de la que plantea la URSS. La línea común se ha establecido sobre la base de la multiplicidad de opciones; incluso la propuesta italiana de que la cuestión del Mediterráneo debe tratarse «por encima de los argumentos ideológicos» indica que su deseo es solicitar la retirada de los navíos de la URSS al mismo tiempo que los americanos.

LA izquierda occidental tiene ahora por delante varias encrucijadas. Una de ellas es, como queda dicho, la posibilidad de que si consigue gobernar en algún país puede ser desalojada del poder por medios violentos. La otra es lo que va a ser su política ante las situaciones sociales que se avecinan. Si éstas se endurecen como consecuencia de las sucesivas crisis de energía y materias primas, del desempleo y de la desigualdad de salarios y precios, es muy posible que las actuales uniones coyunturales se puedan desmoronar. Los comunistas se encontrarían en una situación difícil, probablemente parecida a la que sufrieron los socialistas durante la época de la guerra fría: si tratan de apaciguar o de calmar las protestas, su clientela tradicional puede irse hacia los grupúsculos que han mantenido y mantienen la antorcha revolucionaria; si se radicalizan en la protesta y toman la vanguardia de la lucha social, pueden perder su actual imagen electoral.

EN realidad, el progreso comunista en el aspecto de ser «un partido como todos los demás», la descongelación de los socialistas y de las otras fuerzas de izquierda, corresponden a la situación económica general de la que se está saliendo: la sociedad de la abundancia y del consumo. De la misma forma la derecha «reformista» o, como se prefiere decir, civilizada, que tiene su mayor representante en Giscard. No es posible saber hasta qué punto van a evolucionar estas fuerzas políticas en el futuro inmediato: dependerá de la profundidad de la crisis. ■